



LA
PUERTA
ABIERTA

MARGARET O. WILSON OLIPHANT

El misterio gira en torno al ruinoso frontispicio de una antigua mansión en el que se abre el hueco de una puerta solitaria que el tiempo ha despojado de todo significado y que ya no conduce a ninguna parte...

Alquilé la casa de Brentwood a mi regreso de la India en el año 18** para alojar temporalmente a mi familia hasta que encontrase un hogar definitivo. La casa ofrecía muchas ventajas que la hacían especialmente apropiada. Estaba dentro del área de Edimburgo, y mi hijo Roland, cuya educación había sido descuidada en exceso, podría ir a la escuela y volver a diario; para él sería mejor que vivir fuera de casa, o que quedarse aquí todo el día a cargo de un tutor. A mí me satisfacía la primera de estas soluciones, pero su madre prefería la segunda. El doctor Simson, que era una persona juiciosa, sugirió una vía intermedia: «Montarle en su pony y dejarle cabalgar todas las mañanas hasta la escuela, para él será lo más saludable del mundo; y cuando haga mal tiempo, que coja el tren». Su madre aceptó la solución del problema con mayor facilidad de lo que yo esperaba, y nuestro pálido chico, que hasta entonces no había conocido nada más estimulante que Simla, se encontró con las enérgicas brisas del Norte en el suavizado rigor del mes de mayo.

Antes de que llegaran las vacaciones de julio, tuvimos la satisfacción de verle adquirir algo del moreno y saludable aspecto que tenían sus compañeros de escuela.

Escocia no aceptaba en aquellos días el sistema inglés de enseñanza. No había un pequeño Eton en Fettes; y, de haberlo habido, no creo que esa clase de exótica elegancia nos hubiera tentado a mi mujer o a mí.

Sentíamos un cariño especial por el muchacho, pues era el único varón que nos quedaba, y estábamos convencidos de que su constitución era muy débil y su espíritu profundamente impresionable. Tenerlo en casa y poder enviarlo a la escuela —combinar las ventajas de las dos alternativas— colmaba todas nuestras aspiraciones.

Las dos chicas también encontraron en Brentwood todo lo que deseaban. Estaban lo bastante cerca de Edimburgo para elegir tantos profesores y clases como fueran necesarios para completar la interminable educación a la que los

jóvenes de hoy día parecen estar obligados. Su madre se casó conmigo cuando era más joven que Agatha, ¡y ya me gustaría ver a mí si estas son capaces de superarla! Yo mismo no tenía entonces más de veinticinco años, una edad en la que, según observo, los jóvenes de hoy se buscan a tientas, sin una idea clara de lo que van a hacer con sus vidas. No obstante, supongo que cada generación tiene un concepto de sí misma que la eleva, en su propia opinión, por encima de las que vienen detrás.

Brentwood está situado en esa hermosa y fértil vertiente de la región, una de las más ricas de Escocia, que se extiende entre las colinas de Pentland y el estuario.

Cuando el tiempo está despejado se pueden ver a un lado —como un arco iris que abraza los fértiles campos y las casas dispersas— los reflejos marinos del gran estuario; y, al otro lado, las azuladas cumbres, no tan grandiosas como aquellas a las que estábamos acostumbrados, pero lo bastante altas para alcanzar todo el esplendor de la atmósfera, el juego de las nubes y los suaves resplandores que dan a esta montañosa región un interés y un encanto que ninguna otra puede igualar.

Edimburgo, con sus dos alturas menores —el Castillo y Calton Hill—, sus agujas y torres que penetran a través de las brumas, y la Silla de Arturo —agazapada al fondo, como un guardián (ya no demasiado necesario) que reposa junto a su amada ciudad, que ya es capaz, por decirlo así, de cuidar de sí misma sin su ayuda— se extiende a la derecha. Desde el parque y las ventanas del salón podíamos contemplar todas las variedades del paisaje. El colorido era a veces un poco frío, pero otras, tan animado y lleno de vicisitudes como un drama. Nunca me cansaba de él. La pureza de sus matices reanimaba los ojos que habían crecido fatigados por las áridas llanuras y los cielos abrasadores. Resultaba siempre acogedor, y fresco, y lleno de reposo.

El pueblo de Brentwood se extiende más abajo, a los pies de la casa, al otro lado de una estrecha y profunda

garganta, en cuyo fondo un torrente —que antaño debió de ser un hermoso y salvaje río— discurre entre las rocas y los árboles. El río, como muchos otros de esta región, fue sacrificado en su más tierna edad a las exigencias de la industria y tuvo que soportar la suciedad de los vertidos de las fábricas de papel. Pero esto no afectaba especialmente nuestro placer, al menos no tanto como sé que afectó a otros. Tal vez nuestras aguas corrían más rápidas; tal vez no estuviera tan estancado como otros por la suciedad y los desperdicios. Nuestra vertiente del valle era encantadoramente *accidentée*. Estaba cubierta de hermosos árboles y, a través de la espesura, varios senderos descendían en zig zag hasta la orilla, donde se levantaba un rústico puente que cruzaba el arroyo. El pueblo se asienta en la hondonada, al otro lado, en una sucesión de construcciones de apariencia bastante prosaica. La arquitectura rural no es demasiado original en Escocia; las tristes pizarras y las grisáceas piedras son enemigos implacables de lo pintoresco, y aunque a mí no me desagrade el interior de una iglesia, con sus anticuadas naves y galerías, y sus bancos reservados para los pequeños clanes familiares, reconozco que su mediocre aspecto exterior —una iglesia cuadrada como una caja, y con un trozo de chapitel que parece más bien un manguito para colgarla— no mejora en nada el panorama. Con todo, el grupo de casas situadas a diferentes alturas, con sus pequeños jardines y cercados para tender la ropa, la calle principal, que desemboca en un espacio abierto —punto de reunión de esta pequeña sociedad rural—, las mujeres que cuchichean en las puertas, los carros que avanzan con movimientos lentos y pesados. Constituye el centro de un paisaje que era muy agradable contemplar y que estaba surcado por centenares de caminos. Sin embargo, dentro de nuestras propias tierras se podían emprender inmejorables paseos. El valle ofrecía siempre un aspecto maravilloso, tanto en primavera, cuando los bosques rebosan de verdor, como en otoño, con sus tonalidades rojizas. En

el parque que rodeaba la casa se encontraban las ruinas de la antigua mansión de Brentwood; una construcción más pequeña y de menor importancia que el sólido edificio georgiano que habitábamos. Las ruinas, sin embargo, eran pintorescas y daban categoría al lugar. Incluso nosotros, que éramos tan solo inquilinos temporales, sentíamos cierto orgullo, como si aquellas ruinas nos transmitieran algo de su pasada grandeza. El antiguo edificio conservaba todavía los restos de una torre —una masa confusa de piedras tapizadas de hiedra—, y el esqueleto de los muros que se adherían a ella, que ahora aparecían totalmente cubiertos de tierra.

Siento un poco de vergüenza al confesar que nunca las había examinado de cerca.

Había una larga estancia —o lo que había sido una larga estancia— de la que todavía quedaba la parte inferior de las ventanas de la planta principal; y, debajo de ellas, otras ventanas en perfecto estado de conservación, aunque cubiertas de polvo y suciedad. También crecía allí de forma caprichosa una salvaje vegetación de zarzas y plantas silvestres de todo tipo. Esto constituía la parte más antigua.

A poca distancia se encontraban dispersos los fragmentos de un edificio ordinario.

Uno de esos fragmentos inspiraba cierta compasión por su vulgaridad y su lamentable estado de abandono. Se trataba del final de un bajo frontispicio, un trozo de muro gris sembrado de líquen, en el que se abría el hueco de una puerta de entrada. Probablemente había sido una entrada a las dependencias del servicio, una puerta trasera o un paso a lo que se denominaba offices en Escocia.

Ahora ya no había ninguna estancia a la que entrar, pues la despensa y la cocina habían sido totalmente barridas de la existencia. Y, sin embargo, quedaba aquella puerta, abierta y vacía, expuesta a los vientos, a los conejos y a las criaturas salvajes. La primera vez que llegué a Bren-

twood me emocionó, como si fuera un melancólico comentario de una vida que se fue para siempre.

Una puerta que conducía a la nada —una puerta que alguna vez fue cerrada precipitadamente y sus cerrojos echados con cautela—, ahora vacía también de todo significado. Sí, recuerdo que me impresionó desde el principio; tanto, que se podría decir que mi espíritu estaba predispuesto a concederle una importancia que nada podría justificar.

El verano fue un período de felicidad y descanso para todos nosotros. El calor del sol de la India ardía todavía en nuestras venas, y parecía que jamás nos íbamos a cansar del verdor, de la humedad y la pureza del paisaje septentrional. Incluso las nieblas nos resultaban agradables, ya que contribuían a templar nuestra sangre y nos infundían salud y energía. En otoño, siguiendo la moda de la época, nos fuimos en busca de un cambio que, a decir verdad, no nos hacía ninguna falta. Poco después, cuando la familia se había instalado ya para pasar el invierno, y los días se tornaron más cortos y oscuros y el riguroso imperio del frío se abatió sobre nosotros, se desencadenaron los acontecimientos. Unos acontecimientos que solo podré justificar molestando al lector con mis asuntos privados. Sin embargo estuvieron revestidos de un carácter tan extraordinario, que espero que las inevitables referencias a mi familia y a mis apremiantes circunstancias personales merezcan el perdón general.

Yo me encontraba en Londres cuando los incidentes comenzaron. En Londres un hombre que ha pasado tantos años en la India se sumerge de nuevo en la trama de interés con los que toda su vida anterior ha estado relacionada y tropieza con viejos amigos a cada paso. Había estado divirtiéndome con media docena de ellos, y disfrutaba tanto del retorno espiritual a mi antigua forma de vida —aunque, a decir verdad, tampoco me desagradó el hecho de haberla dejado atrás—, que desatendí la correspondencia con mi familia. Lo cierto es que había estado de viernes a lunes en

la casa de campo del viejo Bembow; y, después, en el viaje de regreso, hice una parada para cenar y dormir en el Sellar, lo cual no me impidió echar un vistazo a las cuadras de Cross, y esto me ocupó otro día. Siempre es peligroso descuidar la correspondencia; en esta vida transitoria, como dice el libro de oraciones, ¿quién puede prever lo que va a suceder? Todo estaba en orden en casa. Sabía exactamente —eso creía yo— lo que me dirían las cartas: «El tiempo ha sido tan bueno que Roland no ha tenido que coger el tren ni una sola vez, y disfruta como nadie con los paseos a caballo». «Querido papá, seguro que no te olvidarás de nada, pero tráenos esto, y esto, y lo de más allá.»; en fin, una lista tan larga como mi brazo. ¡Mis queridas niñas y mi adorable esposa! No quería olvidarme de sus encargos, o perder sus delicadas cartas, así estuviera el mundo repleto de Bembows y Crosses.

Pero yo estaba convencido de que en mi casa reinaba el bienestar y la tranquilidad.

Cuando regresé al club, sin embargo, tres o cuatro cartas me estaban esperando, y observé que alguna de ellas llevaba el sello de «urgente», «entrega inmediata»; ese sello que la gente ansiosa y pasada de moda cree —todavía— que ejercerá alguna influencia en la oficina de correos y acelerará los trámites de envío. Estaba a punto de abrir una de ellas, cuando el conserje del club me trajo dos telegramas, uno de los cuales, dijo, había llegado la noche anterior. Como se puede suponer, abrí el último, y esto fue lo que leí: «¿Por qué no vienes, o contestas? ¡Por el amor de Dios, ven! Roland ha empeorado».

Para un hombre que solo tiene un hijo, un hijo que es la niña de sus ojos, una noticia semejante no puede sino fulminarle como un rayo. El otro telegrama, que abrí con manos temblorosas, desperdiciando un tiempo precioso por mi precipitación, estaba escrito en los mismos términos: «No mejora; el doctor teme una fiebre cerebral. No permitas que nada te retrase». Lo primero que hice fue consultar

los horarios y comprobar si había algún medio de regresar a casa más rápido que el tren nocturno, aunque sabía muy bien que no era posible. Entonces leí las cartas (Dios me perdone), y en ellas se explicaban los detalles con toda claridad. Me contaban que el muchacho tenía desde hacía algún tiempo un aspecto muy pálido y un aire asustado. Su madre lo había notado antes de mi partida, pero no quiso decirme nada para no alarmarme. Este aspecto se había agravado gradualmente, hasta que un día lo vieron llegar a casa galopando frenéticamente, con el pony jadeando y echando espumarajos por la boca. El propio Roland estaba «tan pálido como una mortaja», y tenía la frente bañada en sudor. Durante mucho tiempo se negó a contestar a las preguntas; pero entre tanto se habían operado unos cambios tan extraños en su conducta —su creciente desgana por ir a la escuela, el deseo de que fueran a buscarlo en coche (un lujo absurdo), su aversión a salir fuera de casa, sus sobresaltos nerviosos ante cualquier sonido inesperado—, que su madre se vio obligada a exigir una explicación. Cuando el muchacho —nuestro pequeño Roland, que hasta entonces no había conocido el miedo— empezó a contarle que había oído voces en el parque y que se le habían aparecido sombras entre las ruinas, mi esposa lo metió inmediatamente en la cama y avisó al doctor Simson, que, evidentemente, era lo único que se podía hacer.

Como se puede suponer, abandoné la ciudad aquella misma noche, con el corazón en un puño. No sería capaz de explicar de qué forma soporté las horas que precedieron a la salida del tren. Sin duda debemos estar agradecidos por la rapidez que ofrecen los trenes cuando tenemos prisa, pero para mí habría sido un consuelo partir en un coche de postas en cuanto los caballos hubieran estado preparados.

Llegué a Edimburgo muy temprano, en la oscuridad de una mañana de invierno, y ni siquiera me atreví a mirarle a la cara al hombre que había venido a buscarme.

—¿Qué noticias hay? —le pregunté sin apenas tomar aliento.

Mi mujer había enviado el coche, por lo que deduje, antes de que el hombre me contestara, que aquello era una señal de mal agüero. Su respuesta fue la típica respuesta que permite que la imaginación se desborde:

—Exactamente igual. ¡Exactamente igual! ¿Qué demonios podía significar eso?

Tenía la impresión de que los caballos se arrastraban por el largo y sombrío camino. Cuando atravesábamos el parque me pareció escuchar una especie de lamento entre los árboles, y apreté los puños, amenazando con rabia al que los había producido, quienquiera que fuese. ¿Por qué había permitido la estúpida guardesa que alguien viniera a perturbar la tranquilidad del lugar? Si no hubiera estado tan ansioso por llegar a casa, habría parado el coche y habría ido a ver qué clase de vagabundo había entrado y escogido mis terrenos, entre todos los terrenos del mundo —¡y precisamente cuando mi hijo estaba enfermo!— para gemir y lamentarse a su antojo. Al menos no tenía motivos para quejarme de que fuéramos despacio. Los caballos corrieron como centellas a lo largo de la avenida y se pararon delante de la puerta, jadeantes, como si hubieran participado en una carrera. Mi mujer me estaba esperando en la puerta con una candela en la mano, que la hacía parecer todavía más pálida de lo que estaba cuando el viento agitaba la llama de un lado a otro.

—Está durmiendo —me dijo con un susurro, como si temiera despertarlo.

Yo también contesté, en cuanto pude recuperar mi propia voz, en voz baja, como si el tintineo de los arneses de los caballos y el ruido de sus cascos no hubieran sido, de hecho, más peligrosos. Durante unos momentos me quedé parado con ella en la escalinata. Ahora que por fin había llegado a casa sentía un poco de miedo por traspasar el umbral. Y entonces me pareció advertir, aunque no lo ob-

servé realmente —si es que tal cosa es posible—, que los caballos se mostraban reticentes a volver, y eso que los establos estaban al otro lado, o tal vez fueran los hombres los que no estaban predispuestos para dar la vuelta. Todo esto se me ocurrió después, porque en ese momento lo único que me interesaba era preguntar y escuchar lo que tuvieran que decirme sobre el estado de mi hijo.

Lo observé desde la puerta de su habitación, pues teníamos miedo de acercarnos más y perturbar aquel bendito sueño. Parecía un sueño normal y no esa especie de letargo en el que según mi mujer caía a veces. Pasamos a la habitación de al lado, que comunicaba con la del chico, y allí me lo explicó todo. Mientras hablaba, se acercaba de vez en cuando a la puerta de comunicación y se asomaba. En su relato había muchos detalles sorprendentes y confusos. Al parecer, desde que comenzó el invierno y empezó a oscurecer más temprano, el chico, que regresaba de la escuela ya caída la noche, había estado escuchando voces entre las ruinas; al principio eran solo unos gemidos, según contó después, unos gemidos que asustaron tanto a su pony como a él mismo, pero que gradualmente se convirtieron en una voz. Las lágrimas corrían por las mejillas de mi esposa a medida que me describía cómo el niño se incorporaba bruscamente en plena noche y gritaba: «¡Oh, madre, déjame entrar! ¡Oh, madre, déjame entrar!», con un patetismo que le rompía el corazón. ¡Y ella sentada allí todo el tiempo, con la esperanza de hacer cualquier cosa que su hijo pidiera! Pero aunque ella intentaba tranquilizarlo, diciéndole: «Estás en casa, mi amor. Yo estoy aquí, ¿no me conoces? Tu madre está aquí», el pequeño se limitaba a mirarla fijamente y, después de un rato, volvía a incorporarse sobresaltado y profería los mismos gritos. Otras veces estaba mucho más razonable y preguntaba impacientemente por mi regreso, declarando, además, que en cuanto yo llegara, teníamos que ir los dos juntos a dejarlo entrar.

—El doctor piensa que su sistema nervioso debe de haber recibido un shock —dijo mi mujer—. ¡Oh, Henry! ¿No será que le hemos exigido demasiado? ¡Un chico tan delicado como Roland! Incluso tú pensarías menos en honores y premios si eso perjudicase su salud.

¡Incluso yo! Como si fuera un padre inhumano, capaz de sacrificar a mi hijo para satisfacer mis ambiciones. Pero la pobre estaba tan angustiada que decidí no hacer caso de sus insinuaciones. Después de un rato me convencieron para que me pusiera cómodo, descansara y comiera —desde que recibí sus cartas no me había sido posible hacer ninguna de estas cosas. El mero hecho de estar en casa en semejantes circunstancias, evidentemente, era lo más importante; y como sabía que me avisarían en el momento en que el chico se despertara y preguntara por mí, me decidí, a pesar de la oscuridad y el frío de aquella mañana invernal, a robar una o dos horas de sueño. La verdad es que la tensión soportada durante las últimas horas había conseguido agotarme, y como el chico se había tranquilizado y consolado tanto con la noticia de mi llegada, me dejaron dormir hasta la caída de la tarde.

Cuando entré en la habitación de Roland quedaba todavía suficiente luz para verle la cara, ¡y qué cambio se había producido en dos semanas! Me pareció más pálido y demacrado que cuando vivíamos en la India, en aquellos terribles días en las llanuras. Tenía el pelo más largo y debilitado, y los ojos se destacaban en su lechosa cara como dos luces ardientes. Me agarró la mano y me dio un frío y trémulo apretón; después hizo un gesto para que todos se marcharan de allí.

—Marchaos; tú también, mamá —dijo—. Marchaos.

Estas palabras afectaron bastante a mi esposa. Desde luego no le agradaba que el muchacho tuviera más confianza en otra persona, aunque se tratara de mí; pero era una mujer que jamás pensaba en ella misma y nos dejó solos.

—¿Se han ido ya todos? —dijo ansiosamente—. No me dejan hablar. El doctor me trata como si fuera un loco. ¡Tú sabes que no estoy loco, papá!

—Sí, hijo mío, claro que lo sé; pero estás enfermo y necesitas mucho reposo. Sé que no estás loco, Roland, y también sé que eres una persona razonable e inteligente. Ahora estás enfermo y debes renunciar a muchas cosas; ya las harás cuando estés sano.

Roland agitó su pequeña y delicada mano con gesto de indignación.

—Es que no estoy enfermo, padre —gritó—. ¡Oh! ¡Yo creía que tú me dejarías hablar; creía que lo comprenderías todo! ¿Qué crees que me pasa? Simson es muy bueno, desde luego, pero es solo un médico. ¿Qué crees que me pasa? No estoy más enfermo que tú. Un médico piensa que estás enfermo desde el momento en que te ve —al fin y al cabo para eso ha venido— y te manda a la cama.

—Que es el mejor sitio para ti en este momento, querido Roland.

—Decidí aguantar hasta que tú volvieras a casa —gritó el pequeño—. Me decía a mí mismo: «No debo asustar a mi madre ni a las niñas». ¡Pero, padre —volvió a gritar, saltando casi fuera de la cama—, no se trata de una enfermedad, se trata de un secreto!

Sus ojos tenían un brillo tan salvaje, y su cara aparecía tan arrebatada por la emoción, que sentí que el corazón se me hundía en las entrañas. No podían ser sino los efectos de la fiebre, una fiebre ciertamente funesta. Lo apreté entre mis brazos y lo metí otra vez en la cama.

—Roland —dije, para seguirle la corriente, pues sabía que era la única forma de apaciguarle—, si vas a contarme ese secreto tienes que estar muy tranquilo y no excitarte. Si te excitas no consentiré que hables.

—Sí, padre —contestó.

Se tranquilizó en seguida, como si fuera una persona mayor y lo hubiera comprendido perfectamente. Cuando lo

recosté sobre la almohada me obsequió con esa tierna y agradecida mirada que tienen los niños enfermos, una mirada que le pone a uno el corazón en un puño. La debilidad hacía que se le humedecieran los ojos.

—Estaba seguro de que sabrías lo que hacer en cuanto llegaras —dijo.

—Puedes estar seguro, hijo mío. Ahora mantente tranquilo y cuéntamelo todo, como hacen los hombres.

¡Y pensar que estaba engañando a mi propio hijo! Pero lo hacía solo para complacerle, porque creía que el cerebro de la pobre criatura estaba trastornado.

—Sí, padre. Padre, hay alguien en el parque, alguien a quien han maltratado.

—Calma, hijo; recuerda que no debes excitarte. Ahora dime, ¿quién es esa persona y quién es el que lo ha tratado tan mal? En seguida lo arreglaremos.

—¡Ah! —exclamó Roland—. No es tan fácil como supones. No sé quién es. Es solo un llanto. ¡Si pudieras oírlo! Se mete en mi cabeza incluso cuando duermo. Y lo oigo tan claro, tan claro. Los demás piensan que estoy soñando o delirando —dijo, mostrando una sonrisa desdeñosa.

Este gesto me sorprendió; parecía indicar que tenía menos fiebre de lo que yo pensaba.

—¿Estás completamente seguro de que no lo has soñado, Roland? —dije.

—¿Soñado? ¿Todo eso?

Estaba a punto de saltar otra vez de la cama, pero recordó algo inesperadamente y se recostó, mostrando la misma sonrisa desdeñosa.

—El pony también lo oyó —dijo—, y brincó como si hubiera sido un disparo. Menos mal que me agarré fuertemente a las riendas, porque estaba muy asustado, padre.

—No debes avergonzarte, hijo —dije, por decir algo.

—Si no me hubiera pegado a su cuello como una sanguijuela, me habría lanzado por encima de su cabeza; y de hecho, no volvió a respirar hasta que llegamos a la puerta

de casa. ¿Lo soñó también el pony? —dijo con cierta arrogancia, como si estuviera perdonando mi estupidez; después añadió lentamente—. Al principio, antes de que te marcharas, era solo un grito. No quise decirte nada porque era absurdo estar tan asustado. Pensé que podía ser un conejo o una liebre que había caído en una trampa, pero exploré por allí a la mañana siguiente y no encontré nada. La primera vez que le oí decir algo fue poco después de que te fueras —se incorporó, apoyó el codo muy cerca de mí y me miró fijamente a los ojos—, y esto es lo que dijo: «¡Oh, madre, déjame entrar! ¡Oh, madre, déjame entrar!».

Tenía los ojos humedecidos, los labios le temblaban y los suaves rasgos de su cara estaban totalmente ablandados y alterados. Cuando terminó de pronunciar aquellas quejumbrosas palabras, se deshizo en un mar de lágrimas. ¿Se trataba de una alucinación? ¿De una fiebre cerebral? ¿De una desordenada fantasía producida por la extremada debilidad corporal? ¿Cómo podría explicarlo?

Pensé que lo mejor sería aceptarlo como si fuera verdad.

—Es muy conmovedor, Roland —dije.

—¡Oh, padre, si lo hubieras oído! Me dije: «Si mi padre lo hubiera oído, seguro que habría hecho algo». Pero mamá, como sabes, llamó en seguida a Simson, y ese señor es un médico, y a los médicos lo único que se les ocurre es mandarte a la cama.

—No debemos culpar a Simson por ser médico, Roland.

—No, no —dijo el chico, con deliciosa tolerancia e indulgencia—; oh, no, eso es lo bueno de él, y además es su profesión, lo sé. Pero tú, tú eres diferente; tú eres un padre, y harás algo inmediatamente, papá, inmediatamente, esta misma noche.

—Claro que sí —dije—. Seguramente es un niño que se ha perdido.

Me castigó con una áspera y rápida mirada, que escrutó mi rostro para ver si, después de todo, mi eminencia como